

engañar de Beato, hombre silvestre y hablador; y así (prevenia al abad) amonéstales que desistan de su terquedad, pues de lo contrario les herirémos con la formidable espada de la ana-tema.

Notificó Feliz la carta del orgulloso Elipando á Beato y á Eterio, creyendo que respetarian la autoridad de un arzobispo como el de Toledo; pero estuvieron tan léjos de acobardarse con las amenazas de aquel soberbio Goliat, que animados de un nuevo celo, le respondieron de comun acuerdo con una especie de símbolo arreglado á las Santas Escrituras, á las definiciones de los Concilios, y á los sentimientos de los Santos Padres. Y no satisfechos con este documento digno de eterna memoria, escribieron ambos una apología en defensa del dogma católico que era el asunto de la controversia: y esparciéndole por toda la nacion, desengañaron á muchos que preocupados con los paralogismos de los herejes, habian seguido el partido de la novedad.

Quisieron sin embargo sostener con pertinacia Felix y Elipando su perversa opinion; pero declamando incesantemente contra ellos los dos ilustres defensores de la doctrina ortodoxa, fueron condenados aquellos poderosos jefes en el Concilio que se celebró en Francfort de orden del emperador Carlo-Magno, al que asistieron como legados de la Santa Sede Teofilato y Esteban, y como nuncios de la Iglesia de España Eterio y Beato. Manifestaron estos á los Padres de aquella eclesiástica asamblea los vicios, y las enmiendas que Elipando, y Felix habian introducido en los códigos eclesiásticos, y en los escritos de los Santos Padres españoles para sostener su error, acreditando por los originales que exhibieron, que jamás hubo en héroes de tan conocida santidad, y de tan eminente sabiduría la mas mínima espresion, que favoreciese á la execrable novedad; y no satisfechos con esta manifestacion, contribuyeron á que se les impusiese por el Concilio la merecida anatema en justo castigo de su obstinada pertinacia: cuya pena aprobó el papa Adriano con todas las Actas de aquel célebre Sínodo, mandando que se admitiesen en todas las Iglesias.

Supo Elipando cuanto se determinó en Francfort, y queriendo dar á todo el orbe cristiano un testimonio público de su reconocimiento, habiendo convocado un Concilio en Toledo, ofreció á los Padres una confesion de fe católica, en la que protestaba creer que Jesucristo era hijo natural del Padre, y no adoptivo, como sostuvo hasta entonces lleno de preocupacion, corroborando el artículo con las espresiones del símbolo de S. Atanasio; en virtud de lo cual, y de la sinceridad de su arrepentimiento fué

reconciliado con la Iglesia. De este hecho resultó el que conociendo el mismo arzobispo, que Beato, y Eterio habian sido los mas acérrimos defensores de la doctrina católica, les pidió humildemente perdon, y contrajo con ellos una estrechísima amistad que conservaron hasta la muerte.

Serenadas las disensiones cismáticas que perturbaron la paz de la Iglesia de España, se aplicaron los dos ilustres héroes de la religion á extinguir del todo algunas dispersas, y mal apagadas chispas que habian quedado en la nacion, no obstante la solemne abjuracion del principal jefe de la herética novedad. Hicieronlo con tanta vigilancia, y con tanta actividad, que á espensas de su infatigable celo, y de sus sabias é ingeniosas exhortaciones consiguieron desarraigar del todo el contagio del nocivo veneno. Lograda esta apetecida felicidad se retiró Beato á Baldecaba ó Balcabado, lugar sito á la raya de las montañas de Liebana en el obispado de Leon cerca de un pueblo llamado Saldaña, donde soltando las riendas á su fervor, se ocupó en fervorosas oraciones, en rigurosos ayunos, y en asombrosas penitencias; pero sin perder jamás de vista el estudio de las Santas Escrituras, que fué siempre el objeto de todas sus atenciones, cuya meditacion le hizo escribir un libro sobre los misterios del Apocalipsis con admirable orden, obra verdaderamente digna del mayor aprecio. Siguió algunos años con este tenor de vida mas angélica que humana, hasta que queriendo el Señor premiar sus grandes merecimientos, le llevó para si en el día 19 de febrero á fines del siglo VIII. Su cuerpo fué sepultado en Baldecaba, y dignándose Dios hacer célebre el sepulcro de su fidelísimo siervo con portentosos milagros, fué elevado despues de tres años del primer depósito á un magnífico sepulcro de mármol donde se conserva en grande veneracion en la iglesia de su nombre: excepto un brazo, que engastado preciosamente, se guarda separado para darle á adorar á los enfermos, que concurren á implorar el patrocinio del Santo, venerado por los naturales con el nombre de S. Vieco.

#### SAN ÁLVARO DE CÓRDOBA, CONFESOR.

UNO de los varones ilustres que florecieron en España en el siglo XIV fué S. Alvaro, decóroso ornamento del Orden Dominicano, tan célebre por su santa vida como por sus hechos portentosos. Nació este héroe verdaderamente digno de los mas altos elogios, en la ciudad de Córdoba de la escelentísima casa de los duques de este título, tan distinguida por su calificada no-

bleza como por los méritos personales de sus descendientes. Fueron sus padres D. Martin Lopez de Córdoba, primer maestre del Orden de Alcántara, y D.<sup>a</sup> Sancha Alonso Carrillo, á quien dan algunos el apellido de Valenzuela, los cuales pusieron á el niño en la pila bautismal el nombre de Alvaro; si no en memoria de alguno de sus ascendientes, acaso con respeto á otro Alvaro íntimo amigo, y condiscipulo de S. Eulogio, cuya veneracion movió á muchas personas de España á tomar su nombre. Criaron á nuestro Santo sus nobilísimos padres con aquel cuidado que les inspiró su amor, y su piedad; pero como en él notaron desde luego aquellas disposiciones de naturaleza y gracia que no solo allanaron, sino que facilitaron el camino de la virtud, costóles poco trabajo conseguir el efecto de su educacion. Habíalo dotado Dios de un corazon dócil, noble, y generoso, de una inclinacion como natural al retiro, de unos talentos estraordinarios, y de una piedad singularísima, hizo en muy breve tiempo grandes progresos así en aquellas como en las ciencias de los Santos. Al amor que el ilustre jóven profesaba á la virtud se siguió naturalmente el tedio de las cosas del mundo: hicieron poca impresion en el corazon de Alvaro las esperanzas de los mas altos empleos con que le tentó la fortuna, lisonjeándole con que eran debidos á su distinguido nacimiento: pues el deseo de trabajar únicamente en el negocio importante de su eterna salvacion tuvo para él mas atractivo que todos los bienes terrenos.

Admirados sus padres de las excelentes inclinaciones de Alvaro, no omitieron medio alguno de cuantos pudieran contribuir á perfeccionar sus nobilísimas ideas. Buscáronle los mas sabios, y religiosos maestros para que le enseñasen las letras, y las virtudes; y como se hallaba dotado de unos talentos estraordinarios, y de una piedad singularísima, hizo en muy breve tiempo grandes progresos así en aquellas como en las ciencias de los Santos. Al amor que el ilustre jóven profesaba á la virtud se siguió naturalmente el tedio de las cosas del mundo: hicieron poca impresion en el corazon de Alvaro las esperanzas de los mas altos empleos con que le tentó la fortuna, lisonjeándole con que eran debidos á su distinguido nacimiento: pues el deseo de trabajar únicamente en el negocio importante de su eterna salvacion tuvo para él mas atractivo que todos los bienes terrenos.

Como Alvaro juntaba con la pureza de sus costumbres una grande solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que el mundo pudiera armarle para que siguiese sus vanidades: observó las licenciosidades de los jóvenes de su calidad, y de su tiempo, y conociendo por ellas los peligros á que está espuesta la salvacion en el siglo, resolvió buscar asilo á su inocencia en el retiro de algun claustro religioso. Puso los ojos en el convento de S. Pablo de Córdoba del Orden Dominicano, flore-

ciente por entonces el primitivo fervor con que fundó el instituto su Querúbico Patriarca: pidió el santo hábito con humildes ruegos, y como constaban á toda la comunidad las excelentes virtudes del ilustre jóven, fué admitido con universal gozo de todos los religiosos, persuadidos que con el tiempo daría á la religion mucho honor, y mucho lustre un sugeto, que si bien distinguido por su nacimiento, lo era mucho mas por sus personales prendas. Ningun novicio entró en la religion con vocacion mas verdadera, ni ninguno le escedió en la exactitud de la observancia regular. En efecto su profunda humildad, su pureza angélica, su ciega obediencia, su silencio, su modestia, su puntual asistencia á los oficios divinos, y sobre todo las estraordinarias mortificaciones con que castigaba su inocente cuerpo, eran miradas como prodigios de la gracia por los mas ancianos religiosos, á quienes servia de ejemplo, y de admiracion su devocion y su fervor. Hizo su solemne profesion, manifestando con las mas claras, y mas espresivas voces el eficazísimo deseo que ardía en su corazon de satisfacer los votos esenciales que prometia al Señor en aquel acto, los que cumplió sin el menor defecto en el discurso de su religiosa carrera.

No se contentaba el siervo de Dios con los oficios, y con los santos ejercicios de la comunidad, añadió otros muchos de devocion con el deseo de santificarse mas y mas cada dia. Concluidos los maitines pasaba el resto de la noche en fervorosa oracion, en visitar los altares del templo, y en satisfacer sus amorosos afectos para con la Santísima Virgen ante una efigie de la Señora, que con el título de las Angustias se venera en la capilla del Consuelo, cuyo doloroso espectáculo le servia del mas espresivo objeto para fomentar en su corazon las impresiones mas vivas de los misterios de la pasion y muerte de nuestro Redentor, que era la materia mas frecuente de sus piadosas meditaciones: hermoseando con la serie alternativa de estos santos ejercicios su alma, al paso que ilustraba su entendimiento con el estudio de las facultades de la filosofia, de la teologia, y de las sagradas letras, dejándose ver á un mismo tiempo docto y santo, sabio y perfecto.

Mandáronle los superiores que recibiese el órden sacerdotal, y aunque toda su vida fué una continua preparacion para el ministerio, con todo quiso disponerse con un nuevo fervor, conociendo la alta dignidad á que se eleva el hombre por el sagrado carácter. La conducta ejemplar que observó en este tiempo, facilitó la gracia con que el Espíritu Santo concluyó en él la imagen del hombre perfecto, llenándole de sus dones por la imposi-

cion de las manos del obispo que le confirió los órdenes, cuya plenitud acreditó en todas las ocasiones que celebraba el Santo Sacrificio, manifestándose en el altar como un abrasado serafin en el amor para con la Víctima inmaculada que ofrecia al Eterno Padre.

Quisieron los religiosos aprovecharse de los extraordinarios talentos del Santo, y lo destinaron á que leyese artes, y teología en el convento de S. Pablo de Córdoba. Hizolo Alvaro con tanto acierto en ambas facultades, que le obligaron á que enseñase en público la Sagrada Escritura, de la que tenia una superior inteligencia. Sabia muy bien el Santo cuan importante era esta ciencia para desempeñar el objeto principal del instituto de los religiosos predicadores, y por lo mismo se esmeró en semejante enseñanza: teniendo el consuelo de que saliesen de su escuela muchos célebres discípulos que hicieron grande fruto en la Iglesia, al paso que dieron mucho honor á su maestro.

No llenaban el corazon de Alvaro tan laudables tareas, puesto que el principal objeto de todas sus atenciones era la conversion de las almas. Con esta mira se dedicó al ministerio apostólico de la predicacion, en unos tiempos que era necesario nada menos para predicar con fruto que unos hombres de los talentos, de la virtud, y de la reputacion que el Santo. Hallábase Europa y por consiguiente España hecha un lastimoso teatro donde se dejaban ver estragadas las costumbres, introducidos los vicios, y aun aplaudidos los errores, efectos todos del dilatado cisma de los tres antipapas, que con los nombres de Benedicto XIII, Gregorio XII, y Juan XXIII, pretendian la cátedra apostólica, tres monstruos que perturbaron la tranquilidad de la Iglesia sin otros muchos que nacieron de sus respectivas parcialidades: á esto se agregaban en España las sangrientas guerras que ocurrieron en ella, resonando por todas partes el estruendo de las armas, sin que la autoridad del legado apostólico Guidon destinado por el Papa para establecer la paz entre las coronas de Castilla, de Aragon, y de Portugal, hubiese podido ajustar cosa alguna, aun habiéndose valido de la asistencia de Fr. Lorenzo Ripauda, religioso respetable del Orden de Santo Domingo, hombre de singular instruccion, y de un manejo extraordinario en las materias del Estado.

En esta lamentable época quiso Dios que se presentasen en público S. Alvaro de Córdoba, y S. Vicente Ferrer hijos del Patriarca Santo Domingo para el remedio de tanto daño, dejándose ver ambos en el candelero de la Iglesia como dos antorchas luminosas capaces de desterrar las tinieblas de la ignorancia, y de

las preocupaciones. Dedicáronse á un mismo tiempo al ministerio apostólico de la predicacion con el noble objeto de combatir desde el baluarte de la Cátedra del Espíritu Santo un desorden tan general que amenazaba la destruccion de casi toda la Europa: siendo el asunto mas frecuente de sus sermones la terribilidad del juicio particular, y del universal para despertar á los hombres del profundo letargo en que se hallaban dormidos.

Como á los extraordinarios talentos, y á la gran sabiduría de Alvaro se agregaba el concepto general que todos tenian de su eminente virtud, luego que se presentaba en el púlpito, y que comenzaba á comunicar á los concursos el ardiente fuego de amor divino que ardia en su pecho, se sentian los oyentes movidos á compuncion, y acompañada siempre la divina gracia de su apostólico celo, lograba en cada uno de sus sermones admirables conversiones de pecadores arrepentidos, sin que hubiese alguno tan obstinado que pudiese resistirse á su triunfante elocuencia. Córdoba y los pueblos de su comarca fueron el primer teatro donde sembró Alvaro la semilla de la palabra de Dios, á quien rindió los frutos abundantísimos que podian esperarse de la actividad de semejante operario; pero como su celo infatigable no podia limitarse á los cortos espacios de aquel territorio, entendió sus conquistas á las provincias de Andalucía, de Castilla, de Toledo, de Estremadura, de Portugal, y aun de Italia: haciendo todas estas penosas expediciones á pié descalzo sin otra prevencion que la de su báculo, su Breviario, y su Biblia, contribuyendo no poco al logro de la copiosa cosecha que en todas partes hizo para el divino Labrador, su modestia, su humildad, su mansedumbre, y su desinterés verdaderamente apostólico.

Estando Alvaro en Italia ocupado en las funciones de su mision, quiso visitar personalmente los santos lugares de Jerusalem, donde se obraron los misterios de nuestra reparacion: emprendió la peregrinacion de la Tierra Santa, la que hizo con mucha pobreza, y con grandes trabajos, predicando con su porte, y con su humilde traje penitencia. Empleó mas de un año en la veneracion de aquellos adorables monumentos regados con la sangre de Jesucristo; y habiendo quedado mas vivamente impresa en su corazon la memoria de la dolorosa pasion y muerte del Señor con la vista de aquellos santos lugares, que se conservaban entre los infieles por una particularísima Providencia, lleno todo en amorosos afectos para con el Redentor del mundo, volvió á Italia á continuar su apostólico ministerio. Tres años gastó fuera de España en tan laudables expediciones, y volviendo á la nacion sin cesar de predicar en todos los pueblos por donde hizo

tránsito, llegó en el principado de Cataluña con el mismo designio, donde hasta hoy se conserva la memoria de la predicación, y de la santidad de Alvaro.

No es fácil explicar los trabajos y las penalidades que padeció el Santo en semejantes expediciones; pero lo mas de maravillar fué, que ni en sus dilatados viajes, ni en sus mayores fatigas, ni en sus continuas misiones jamás se dispensó un punto de la observancia religiosa, ni aun las enfermedades fueron bastantes para que mitigase el rigor de sus ayunos, y de sus asombrosas penitencias.

Ya establecido en España, se hallaba en Valladolid la reina D.<sup>a</sup> Catalina, mujer de Enrique III, fatigada de tan gravísimos negocios, que cada uno era bastante para rendir el ánimo menos generoso que el de esta soberana. Deseaba tener cerca de su persona un sugeto de conocida virtud, de consumada prudencia, y de gran sabiduría para que la dirigiese. No ignoraba que todas estas prendas concurrían en Alvaro: y aunque le constaba que su corazón se hallaba muy distante de apetecer honoríficos empleos, como lo tenía acreditado la esperiencia en las generosas renunciaciones de las mayores dignidades eclesiásticas á que quiso promoverle, con todo le ordenó que pasase á Valladolid para encargarse de la direccion de su conciencia. Escusóse el siervo de Dios representando á la reina su insuficiencia, y la falta de instruccion para desempeñar tan arduo empleo; pero creciendo en D.<sup>a</sup> Catalina los deseos al paso de la humilde resistencia de Alvaro, le mandó con firme resolucion que aceptase el encargo.

El estado en que se hallaban las cosas de Castilla cuando se le obligó al Santo á que admitiese el confesonario, era el mas crítico, y mas delicado: á la soledad de la reina viuda se agregaban las solicitudes de algunos grandes, y con especialidad del condestable Ruy Lopez de Abalos, sobre querer dar el reino de Castilla al infante D. Fernando hermano del rey difunto, quitándole injustamente á su hijo D. Juan II, legítimo sucesor á la corona: añadiase á esto las dificultades que había que vencer para que criase D.<sup>a</sup> Catalina al príncipe, pues en virtud de lo dispuesto en el testamento de su padre tenían, ó pretendían tener derecho á esta educacion D. Diego Lopez de Zúñiga, justicia mayor de Castilla, y D. Juan de Velasco; á lo que se aumentaba la division de gobiernos en las provincias, fiadas unas al de la reina, y otras al del infante D. Fernando, mientras durase la menor edad de D. Juan, con total independencia el uno del otro, en fuerza de la última voluntad del difunto, que

no quiso que se gobernasen á una voz por ambos tutores. A estos gravísimos cuidados que tenían á la reina en un continuo sobresalto, se agregaban otros de mayor momento, nacido el uno de las turbaciones que se suscitaron en Aragon sobre la sucesion á aquella corona; y el otro del dilatado cisma que tenía á la Iglesia en una continua inquietud. Fácil es de creer la impresion que haría en el corazón de Alvaro la idea que ofrece el plan de este lastimoso estado; pero como no confiaba en sus propias fuerzas, sino en Dios, cuya asistencia imploraba de continuo con fervorosas oraciones, con rigurosos ayunos, y con asombrosas penitencias; portándose como diestró piloto en el Océano de tantos escollos, supo con su gran sabiduría, con su consumada prudencia, y con su eminente virtud providenciar los medios mas oportunos que exigían tan críticas circunstancias: logrando, á espensas de su infatigable actividad, el sosiego de la reina, y la tranquilidad de tan fatales perturbaciones: para lo cual llamó en su ayuda á S. Vicente Ferrer, quien contribuyó con no menor celo al fin deseado, oyéndose el dictámen decisivo de ambos, como de dos oráculos del cielo.

Murió la reina D.<sup>a</sup> Catalina, á quien asistió S. Alvaro hasta los últimos alientos; y como había impreso el Santo en el tierno corazón de su hijo D. Juan II desde sus primeros años todas las ideas de justificacion que son capaces de formar á un príncipe cristiano, quiso éste que se encargase de la direccion de su conciencia, bien entendido de los efectos que produjo en su madre todo el tiempo que la confesó. Molestaban mucho al siervo de Dios las inquietudes que sobrevinieron en el reinado de D. Juan; y como todas sus ansias eran por el retiro de la corte para disfrutar los dulces consuelos que el Señor comunica á sus siervos en la soledad, conociendo la repugnancia del rey en concederle este permiso, se valió del prudente arbitrio de ir disponiendo su real ánimo para el logro de su fin.

Luego que se celebró el concilio de Constancia, y se estinguió en él el lastimoso cisma con la legítima eleccion de Papa hecha en la persona de Martino V, persuadió Alvaro al rey D. Juan, que pidiese á su nombre Bula á su Santidad para fundar seis conventos de Predicadores en Castilla, en los que viviesen en la mas rígida observancia regular; á fin de ir desterrando por este medio la relajacion, y los abusos que se habían introducido en las religiones en el dilatado tiempo que duró el cisma de los tres antipapas. A la concesion de este Breve apostólico, se siguió el Capitulo general que celebró en Florencia la orden de Sto. Domingo en el año 1421, en el cual se resolvió: que en

cada una de las provincias se erigiese de nuevo al menos un convento de recoleccion donde se guardase la mas estrecha religiosidad, la que observasen cuantos tomasen en ellos el hábito, ó los que se retirasen á semejantes casas á vivir con mas rigor. Luego que Alvaro tuvo noticia de esta determinacion, le pareció conveniente suplicar al rey que le concediese licencia, para ser uno de los primeros que pusiese en ejecucion la determinacion del Capitulo. Pidió este favor á D. Juan II postrado á sus pies, bañado en tierno llanto, por premio del afecto que le profesaba, y de los trabajos que habia padecido en el tiempo de su educacion. No pudo contener las lágrimas el piadoso monarca á la vista de aquel humilde rendimiento; pero no queriendo impedir los nobles designios del siervo de Dios, levantándole del suelo entre sus brazos, le concedió, á pesar de su entrañable sentimiento, la licencia que apetecia con una suma cuantiosa para la fundacion de un convento segun sus ideas.

No cabe en esplicacion el gozo que concibió Alvaro luego que tuvo tan deseado permiso; y pareciéndole dilatado tiempo todos los instantes que se detenía en la corte, partió á Córdoba inmediatamente á poner en ejecucion su proyecto. La primera diligencia que hizo fué inspeccionar el sitio donde habia de fundar, puesto que sus deseos no eran otros que erigir el convento en un lugar retirado de todo el comercio humano, proporcionado para el silencio, y para la contemplacion; pero no tan distante de Córdoba, que no pudiesen los religiosos concurrir á la ciudad sin incomodidad á predicar la palabra de Dios, que era el objeto principal de su instituto. Con esta mira hizo eleccion de un sitio en la sierra como una legua distante de Córdoba, en la heredad llamada por entonces la torre de Berlanga, la que compró á sus dueños á nombre de la religion; y en el dia siguiente al otorgamiento de la escritura, que fué en el 13 de junio de 1423, dió principio á la fábrica del convento, que intituló Sto. Domingo de Escala-celi. Consumió en muy breve tiempo la suma que le dió el rey en la compra del terreno, y en el coste crecido de los materiales; pero como el Santo tenia colocada su esperanza en Dios, no le faltó la divina Providencia: ya moviendo á muchas personas piadosas para que le diesen cuantiosas limosnas, y ya suministrándole por ministerio de los ángeles los materiales precisos, como sucedió repetidas veces cuando careció de ellos.

Tenia determinado Alvaro formar el convento en disposicion que imitase en lo posible la situacion de Jerusalem, y de los santos lugares que se veneran en ella, altamente impresos en su corazon cuando los visitó personalmente: y obrando con esta

idea, hizo varios oratorios contiguos al monasterio que representasen los sagrados monumentos de la capital de Palestina, para que los religiosos en tiempo, y horas cómodas pudiesen dedicarse en ellos al santo ejercicio del Via-Crucis: lo que sirvió para que no solo en Córdoba, sino en otras muchas partes lo ejecutasen los fieles, conociendo la utilidad espiritual de tan piadosa institucion.

Concluida la fábrica material del convento, entró en él S. Alvaro con algunos compañeros poseidos de sus mismos sentimientos á observar la mas exacta religiosidad sin frivolas interpretaciones, sin violentas glosas, ni relajados abusos, que á pretexto de costumbres suelen introducirse en las religiones: para lo cual dispuso que se guardase en la comunidad un profundo silencio, una abstinencia total de carnes, un ayuno rigoroso, una asistencia puntual al coro, y una suma distraccion de todo el comercio humano. Añadió á esto otras muchas constituciones, que sobre los votos esenciales del instituto contribuian al logro de sus intenciones; y siendo Alvaro como el alma de toda aquella ilustre colonia, hizo que en muy breve tiempo se pudiese llamar con toda propiedad su convento Escala-celi, ó subida para el cielo.

Quiso que los religiosos de su ilustre casa fuesen modelos de la pobreza evangélica, para lo cual dispuso, que despues de decir misa fuesen diariamente á la ciudad á pedir limosna de puerta en puerta, con la indispensable precision de volver por la noche al monasterio: y no dispensándose el Santo de esta obligacion ni por su calidad, ni por sus títulos honoríficos, practicaba la misma diligencia cuando le tocaba por su turno en esta forma: presentábase en la plaza de S. Salvador, ó en cualesquiera otro sitio del mayor concurso, y despues de haber hecho una plática espiritual al pueblo, decia en alta voz puestos los ojos en tierra: *Cristianos, los religiosos de Sto. Domingo de Escala-celi no tienen que comer*; cuyas espresiones movian de tal suerte á los fieles, que muchas veces sucedió, que al volver al convento ya le hallaba abastecido con tan copiosas limosnas, que tenia con ellas la comunidad para mantenerse dilatado tiempo.

No satisfecho Alvaro con los santos ejercicios que se hacian en su observante comunidad, se retiraba á una cueva que está como dos tiros de bala del convento, entre la cual y éste hay un arroyo que el Santo llamaba de los Cedros con alusion al que media entre Jerusalem y el monte Olivete: allí separado de sus hermanos, soltaba las riendas á su fervor, renovando con sus crue-

les mortificaciones aquellas espantosas imágenes de penitencia, oídas hasta entonces en los mas famosos solitarios del Oriente, las que por lo regular comenzaba de esta suerte: en llegando al arroyo se desnudaba las espaldas, y subiendo de rodillas la penosa cuesta que hay hasta la cueva, se iba azotando con una cadena de hierro. Luego que entraba en la gruta, se postraba delante de una imagen de nuestra Señora de las Angustias en todo semejante á la del convento de S. Pablo, que fué en los primeros años de religioso el iman atractivo de todas sus atenciones, y en esta disposicion continuaba la disciplina con tanto rigor, que quedaban bañados con la copiosa sangre que derramaba el suelo, y paredes de la gruta: y penetrando el cielo los afectuosos suspiros arrancados de lo íntimo del corazón, desahogaba con abundantes lágrimas el volcan de amor divino en que se hallaba abrasado su pecho. Despues continuaba su fervorosa oracion, y arrebatado en las mas altas contemplaciones, percibia en su interior los celestiales consuelos con que endulzaba el Señor sus rigores, á que eran consigüientes los raptos, y trasportes en Dios, como los de otra Magdalena en la cueva de Marsella, y como los del Patriarca Sto. Domingo en la de Segovia.

Parece imposible que las fuerzas humanas por mas robustas que fuesen pudiesen sufrir la continuacion de estas asombrosas mortificaciones, hechas unas veces antes de maitines para volver á ellos con mas fervor, y otras despues de ellos hasta la hora de prima, en la que volvia al coro como un abrasado serafin. Solo el subir de rodillas desde el arroyo á la cueva por una agria cuesta, lo mas de ella sembrada de puntas penetrantes de la misma piedra, era insuperable: pero queriendo el Señor aliviar á su siervo, le sostenian muchas veces los ángeles de los brazos, alumbrándole con hachas encendidas, y separando del camino las piedras para que no lo lastimasen.

El obrador de todas estas maravillosas acciones era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo, no siendo fácil que alguno otro le escudiese en el fervor, y en la ternura con que amaba al Redentor del mundo. Este era el iman que le atraia con una violencia tan eficaz, qui ningun objeto criado variaba su movimiento, disminuia su impulso, ni era capaz de separarlo de su centro. De esta raiz provenia aquella ardiente caridad con que se interesaba en el socorro de los pobres, esmerándose sobre todo con los enfermos, mirando en cada uno de ellos la imagen de Jesucristo. Quiso este Señor manifestarle lo agradable que le eran estos oficios de piedad con repetidos portentos, entre los cuales mere-

ce referirse el siguiente: pasaba en cierta ocasion S. Alvaro de su convento á Córdoba, y viendo en el camino á un pobre enfermo tan desnudo, y tan lastimoso, que moveria á compasion al corazón menos pio, no necesitando el suyo semejantes aspectos para enternecerse, se sentó junto á él, y comenzó á consolarlo con las amorosas espresiones que le dictó su ardiente caridad. Esperaba que pasase alguno para que lo llevase al hospital de Córdoba; pero viendo que se hacia tarde, y que el enfermo necesitaba de pronto remedio, cargándolo sobre sus hombros, partió con él al convento, que estaba mas cerca que la ciudad. Entró en la portería con la piadosa carga, y acudiendo los religiosos á bajar de los hombros del Santo al enfermo, luego que lo descubrieron, hallaron una imagen de Cristo crucificado. Quedaron pasmados á la vista de aquel soberano espectáculo, pero mas que todos Alvaro tocando con sus sentidos la milagrosa trasformacion del pobre en la efigie del Redentor; y puesto de rodillas ante el Crucifijo, bañado en tiernas lágrimas, prorrumpió en las espresiones amorosas, que son fáciles de creer en un espíritu como el suyo todo abrasado en divinos incendios.

Llegó el Santo á la edad de setenta años, y aunque la robustez de su complexion, y principalmente la asistencia de la divina gracia le habian dado fuerzas para tan penosas mortificaciones; con todo conoció por la debilidad de su naturaleza que se acercaba el fin. Obligóle una calentura ardiente á postrarse en la cama, que le previnieron los religiosos por no haberla tenido nunca conocida, y creciendo de dia en dia la indisposicion, hizo confesion general con Fr. Juan de Valencia, prior del mismo convento. Recibió en seguida los últimos Sacramentos con tal ternura, y con tanta devocion, que movió á un copioso llanto á todos los asistentes, á quienes dijo lleno de extraordinaria alegría, porque se llegaba el tiempo de disolverse de los vínculos carnales para unirse con Cristo: *Ya insta la hora en que he de comparecer ante el Juez supremo, y aunque atendiendo á su justicia, es mucho lo que podia acobardarme la gravedad de mis culpas, muero con la confianza de que ha de usar conmigo de su acostumbrada benignidad por su infinita misericordia.* Pidiéronle los religiosos la última bendiccion, y dándola con aquel amor, y con aquella dulzura que era propia á su carácter, quedándose en una agradable suspension, fijos los ojos en un Crucifijo que tenia en las manos, entregó su dichosa alma en manos del Criador en el dia 19 de febrero del año 1430.

No tardó Dios en acreditar con señales prodigiosas la gloria de su fidelísimo siervo: apenas espiró, se bañó el convento, y sus

montes circunvecinos de una claridad tan superior, que desterró de aquel ámbito las tinieblas de la noche: también se tocaron por sí las campanas del monasterio en tono de fiesta, y de alegría, indicio nada equivoco de la que debía ocupar el corazón de los fieles por el dichoso tránsito del difunto, cuyo venerable cadáver despedía de sí una fragancia exquisita que consoló á todos los circunstantes. Celebráronse los funerales del Santo con aquella solemnidad que exigía su opinión, á los que asistieron todas las personas mas condecoradas de Córdoba, y despues de haber tenido algun tiempo el cuerpo en el féretro para satisfacer la devoción de la multitud de gentes que concurrían á tributarle los últimos obsequios, se depositó en una pequeña capilla á mano derecha de la entrada de la iglesia de Escala-cœli, donde hoy está un altar del Santo. Quiso Dios recomendar el sepulcro de su siervo con repetidos milagros, los cuales movieron á los religiosos á que elevasen las santas reliquias á lugar mas decente, que fué á los sesenta años despues de su muerte, colocándole en una concavidad en forma de arco bajo el altar mayor, de donde las trasladó despues D. Martin de Mendoza siendo obispo de Córdoba á la capilla, que en honor del Santo labró á sus espensas al lado siniestro del mismo altar mayor.

La opinion de santidad que tuvo el siervo de Dios, confirmada con muchos milagros en vida y despues de muerto, movió á los religiosos y á los naturales de Córdoba á que le tributasen el culto correspondiente con anuencia, y aprobacion de los ordinarios, en virtud de lo cual se estableció una cofradía bajo su advocacion, que constaba de cuatro mil individuos en el año 1603; pero disminuida con el tiempo, la renovaron varios caballeros cordobeses en el de 1655, alistándose en ella muchas personas de la primera nobleza del reino: y teniendo ésta por objeto principal el culto del Santo, celebraba su fiesta en el dia de la Cruz de Mayo, por ser estacion mas cómoda para subir al monte donde está el convento, que el dia 19 de febrero que fué el del natalicio del siervo de Dios, cuya imágen se lleva en procesion en aquel dia al lugar donde viviendo el Santo, acostumbraba hacer oracion delante de la Cruz que llaman de Mayo.

Aunque era innegable el culto inmemorial que se tributaba á S. Alvaro, faltábale la aprobacion apostólica, para lo cual se hicieron en Roma las correspondientes preces por parte de la religion, y de otras muchas personas condecoradas de España, en virtud de lo cual se despacharon por la sagrada Congregacion de Ritos las letras remisoriales con anuencia de su Santidad cometidas á D. Alonso Salizanas, obispo de Córdoba, á fin de que jus-

tificase si el culto inmemorial dado á S. Alvaro era de los exceptuados de los decretos del papa Urbano VIII; y resultando así en el proceso que se formó por aquel prelado, declaró y sentenció definitivamente serlo de esta clase con aprobacion de los ordinarios, exceptuado de los decretos de Urbano. En vista de estas diligencias se aprobó por el papa Benedicto XIV, quien concedió en el año 1741 que se celebrase la fiesta del Santo en Córdoba, y en todo el orden de Predicadores.

#### SAN CONRADO PLASENTINO, CONFESOR.

COMO es Dios admirable en todos sus Santos, lo fué mucho en la conversion y vida de S. Conrado, confesor, el cual nació en la ciudad de Plasencia en Italia, de padres nobles, y en la misma ciudad se casó, y vivió mucho tiempo, como los demás ciudadanos. Era dado grandemente á la caza, gustando de ejercitarse en el campo, y seguir y matar las fieras. Una vez se habian escondido algunas entre espinos y zarzas, y mandó Conrado pegar fuego á aquella espesura, para que con esto saliesen fuera, y él pudiera perseguirlas, y gozar de su caza; pero levantóse un viento tan recio, que encendió el fuego de manera, que hizo un estrago grandísimo. Cuando Conrado vió el daño que habia hecho, y que no se podia remediar el fuego, se encubrió luego, y volvió secretamente á la ciudad, sin echarse de ver, que él habia sido causa del incendio. Hizo la justicia grandes diligencias para coger el autor de tan grandes daños; y enviando alguaciles á que lo prendiesen, cogieron á un pobre hombre: y trajéronle preso, y pusieronle á cuestion de tormento: el cual, no pudiendo sufrir la violencia de ellos, confesó que él lo habia hecho; queriendo antes morir, que sufrir mas tiempo la fuerza de aquellos dolores, levantando á sí mismo aquel falso testimonio por librarse de aquella afliccion: al fin fué condenado á muerte, y le sacaron á ajusticiar. Cuando supo lo que pasaba, S. Conrado, fué grande el sentimiento que tuvo, y el remordimiento de su conciencia, viendo que por su causa moria inocente; y no pudiendo sufrirlo, se fué luego con grande ánimo á donde estaba el hombre en poder del verdugo, y quitósele de las manos diciendo, que él era el que fué causa de aquel fuego, y no aquel hombre, el cual por la fuerza de los tormentos habia confesado lo que no habia hecho; y así, que lo dejase libre, que allí quedaba él, que queria pagar de su hacienda todo el daño hecho, aunque quedase pobre. Así lo hizo; porque vendiendo toda su hacienda, pagó todos los da-